

El impacto de lo invisible. A propósito de *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino

FELIPE SAMARÁN SALÓ
Universidad Francisco de Vitoria

NOTA PRELIMINAR

Italo Calvino ordenó sus pensamientos sobre *Las ciudades invisibles* en alrededor de once ideas con cinco ciudades cada una. Las ciudades y la memoria, y el deseo, y los signos, y los ojos, y el nombre, y los trueques, y los muertos, y el cielo, ciudades continuas, escondidas y sutiles. Este capítulo se estructura, a modo de homenaje, también en torno a once formas en las que lo invisible nos interroga e impacta. Moviéndose a caballo entre lo que somos capaces de ver y lo que querríamos descubrir como criaturas aristotélicas que tenemos, naturalmente, el deseo de saber.

El libro de Calvino se desarrolla con el hilo argumental de un diálogo entre el gran rey de los tártaros, Kublai Kan (Kublai Jan en algunas traducciones), y el viajero Marco Polo. Este texto se desarrolla en diálogo con el libro al que hace referencia a partir de algunas manifestaciones de la invisibilidad, que laten en el texto original y que se han considerado relevantes; igual que en aquel se ordenan según la capacidad de impacto, profundidad y trascendencia de cada tema. Al final del recorrido, se puede comprobar que ambos textos no hacen sino interrogarnos por nuestra propia vida y su sentido, y que la mayoría de las veces lo más impactante para nuestras vidas pertenece al mundo de lo invisible, sobre el que la ciencia nada puede decir.

LO INVISIBLE Y LA NECESIDAD DE CREER PARA VER

«Lo que ves es lo que ves», decía el pintor abstracto americano Frank Stella. Sin embargo, la artista holandesa Barbara Visser defendía que «lo que ves depende de lo que vayas buscando». Probablemente, esto segundo nos acerque más a la realidad de las cosas y nuestra percepción de ella. Interpretamos cuanto nos rodea conforme a quien somos, y tendemos a alimentarnos física y espiritualmente de aquello que nos gusta o nos proporciona placer, sea nutritivo y conveniente o no. Algunas realidades intangibles como los sueños, el amor, la esperanza o el miedo no se ven, sino que se sienten, pero son tan reales como aquellas otras tangibles que la ciencia puede medir y pesar. Y además ocurre que algunas de estas realidades solo se encuentran cuando se van buscando. Precisan de una predisposición y un bagaje personal para que el hallazgo ocurra.

Las ciudades invisibles, obra de un escritor ajeno a la arquitectura y el urbanismo, se convirtió en poco tiempo en una imprescindible, potente y estable fuente de inspiración atemporal, porque demuestra lo que decía Benjamín Prado: «Lo que importa en una obra de arte nunca es lo que diga acerca de quien la ha creado, sino lo que sea capaz de decir sobre quienes van a leerla, verla u oírla».¹ El libro no habla de ciudades, habla de lo que de ti hay en cada uno de esos lugares. Eso es lo que hace traspasar el umbral de la inmortalidad a una obra literaria: su capacidad para conectar y decir algo a las gentes de distintas edades y condiciones sociales a lo largo del tiempo, independientemente de lo que su autor tuviera en la cabeza cuando la produjo. Y, para que eso ocurra, hay que apuntar el dardo de la palabra a lo más esencial y profundo del ser humano. Cualquier otra diana será banal y caduca.

Asombrosamente, aquello que resulta más esencial al ser humano suele ser imposible de tocar y medir, y la mayoría de las veces hasta imposible de ver. Pero lo invisible para los ojos, para el sistema de pesos y medidas, para la ciencia o para las disciplinas de la arquitectura y el urbanismo puede no serlo para el espíritu, que dota de sentido

¹ PRADO, 2002, p. 15.

la vida. Parece inevitable recuperar aquí las palabras de Antoine de Saint-Exupéry en el capítulo 21 de *El principito* (libro inmortal como pocos en la historia de la literatura contemporánea), cuando el zorro comparte con el pequeño príncipe que «solo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible a los ojos». Ambos libros, *Las ciudades invisibles* y *El principito*, nacen de diálogos profundos, con personajes cambiantes, pero siempre en la intimidad y confianza que el vis a vis otorga cuando el tiempo no juega papel relevante. Se respira afecto en las palabras entre dos seres que se encuentran queriendo ver más allá de lo inmediato, evidente y cercano. Porque en nuestra esencia está que somos seres de encuentro, y nos construimos en la relación con los demás.

El gran kan no vio con sus ojos las ciudades de su vasto imperio que Marco Polo le describía, pero necesitaba oírlas contar de sus labios, y la fe en sus palabras le bastaba para saber de su existencia e incluso para inventar otras nuevas:

Entre tanto Marco Polo seguía contando su viaje, pero el emperador ya no lo escuchaba, lo interrumpía: De ahora en adelante seré yo quien describa las ciudades y tú verificarás si existen y si son como yo las he pensado.²

LO INVISIBLE Y PRIMERO. ¿EL AMOR O EL DESEO?

«Lo más alto no se sostiene sin lo más bajo»,³ dice C. S. Lewis citando a Tomás de Kempis en el prólogo de su libro *Los cuatro amores*. Lo primero es lo primero, y no se puede construir desde el cielo sin unos cimientos previos. Si hay algo ciertamente invisible, que sin embargo es el combustible que mueve toda vida humana, es el amor a algo o a alguien. Por eso, no es casualidad que Italo Calvino declare también en el prólogo de libro *Las ciudades invisibles* haberlo escrito como un poema de amor a estas:

² CALVINO, 1994, cap. III, p. 57.

³ LEWIS, 2008, «Prólogo», p. 13.

¿Qué es hoy la ciudad para nosotros? Creo haber escrito algo como un último poema de amor a las ciudades, cuando es cada vez más difícil vivirlas como ciudades. Tal vez estamos acercándonos a un momento de crisis de la vida urbana y Las ciudades invisibles son un sueño que nace del corazón de las ciudades invivibles.⁴

Explica también el autor que los temas de las ciudades están bien pensados y seleccionados, así como su orden de aparición. No es, por tanto, de extrañar que, si el libro quiere ser un poema de amor, sea este uno de los primeros temas en desplegarse. Pero sorprende no hallar grupo de ciudades en torno al amor; lo más próximo podría parecer el deseo. Del mismo modo que no todas las ciudades son iguales, tampoco los amores lo son, y dependiendo de su naturaleza así son los vínculos que se establecen entre los amantes. Lewis distingue, apoyado en su etimología griega, entre cariño (*Στοργή*), amistad (*Φιλία*), eros (*Έρως*) y caridad (*Αγάπη*). Con certeza, el deseo pertenece al ámbito del eros, el propio de los enamorados.

Uno lee el libro esperando encontrarse escenarios donde el amor entre personas o el amor a la ciudad o algún otro tipo de amor fuera el protagonista o donde este fuera acogido de un modo especial por las ciudades descritas. Sin embargo, sorprende comprobar que la palabra *amor*, incluyendo sus derivados o sinónimos, aparece tan solo seis veces en todo el libro, de un modo muy tangencial y nada protagonista. Y, lo que resulta más sorprendente, ni siquiera aparece vinculado a ninguna de las ciudades del deseo, sino una vez en Ipazia, ciudad de signos, dos veces en las ciudades escondidas de Raissa y Berenice y tres veces en Melania, Adelma y Laudomia, ciudades de los muertos; y casi siempre como descripción de un personaje anecdótico que vive en ellas, salvo el amor por lo justo, que se despierta en la ciudad injusta de Berenice.

Algo no acaba de encajar. Puede que este poema de amor a las ciudades, tan desprovisto de amor, tenga el mismo sustrato de frustración que *Los amores difíciles*, que escribió dos años antes. Aquella colección de cuentos relata la dificultad de comunicación entre personas que, llamadas a comenzar una relación amorosa, nunca llegan a consumarla.

⁴ CALVINO, 1994, «Prólogo», p. 15.

Ese desencuentro no solo se muestra como motivo de desesperación, sino que parece conformar el elemento fundamental —o la esencia misma— de la relación amorosa. Pues diera la sensación de que se establece la misma relación de amor imposible entre los habitantes y sus ciudades invisibles.

Más que un poema de amor, probablemente sea una canción desesperada por la nostalgia que produce el no encontrarse con la ciudad del modo que uno desearía. Amor, deseo, nostalgia, dolor, vacío. Todo ello invisible a los ojos y la ciencia, pero capaz de marcar una vida del mismo modo que puede hacer la ciudad con sus habitantes.

LO INVISIBLE CON NOMBRE DE MUJER

«El mundo era tan reciente que las cosas no tenían nombre, y para nombrarlas había que señalarlas con el dedo», escribía Gabriel García Márquez en su libro *Cien años de soledad*. Pocos saben que la intención de García Márquez fue la de llamar a ese libro *La casa*. ¿Quién se aventura a decir si su éxito hubiera sido el mismo? Porque en el nombre de las cosas reside en gran medida parte de su esencia. Poner nombre a algo implica permitir el relacionarnos con ello. Es lo primero que hizo Dios con las cosas tras crearlas, según describe el Génesis (o al menos esa es la necesidad que sentía quien lo escribió). Es lo primero que hacemos con un hijo que nace, es lo que permite conocer una enfermedad para empezar a sanarla, es lo que posibilita que identifiquemos una idea, un sentimiento, un miedo, un anhelo para poder hablar de ellos y ordenarlos. ¿Hay algo más inquietante y difícil que lo inefable? Y cuando la palabra usada se presta a confusión y no nos ayuda a establecer el mismo vínculo con lo nombrado, se producen los malentendidos, que pueden llevar a la indiferencia, al conflicto y hasta a la guerra. Así lo insinúa el «pequeño diccionario de palabras incomprendidas» que Milán Kundera sugiere en su *Insoportable levedad del ser*. El tener un diccionario de significados compartidos es lo que hace especiales las relaciones más profundas.

Poner bien el nombre a las cosas es un arte delicado que muchas veces se solventa sin mucho pensar; como tantas otras cosas que me-

recerían más atención y profundidad. Un nombre bien puesto debería hacer referencia a su origen y destino. Puede que por eso llamara Macondo a su pueblo imaginario el Nobel de Literatura, para que allí transcurriera su historia sin que nadie pudiera relacionarlo con ningún lugar real, para que no tuviera anclajes al pasado ni lastres que cargar y, por ello, todo pudiera ser posible.

Nombrar a un hijo, una creación, algo a lo que damos vida, es el complicado arte de condensar en una palabra lo más relevante del camino recorrido hasta su llegada y los deseos de futuro que para ese nuevo ser se esperan. Los topónimos que no son sino el nombramiento de los lugares que frecuentamos, y tienen carácter y vida propios, ya nos dan pistas del paraje que nos espera. ¿Quién los fija en los mapas y en la memoria?, ¿tienen algo de quienes los habitaron?, ¿son capaces de marcar a quienes lo harán en el futuro?

Italo Calvino eligió nombres de mujer para todas sus ciudades. Aclara que fue un acto consciente, aunque no explica por qué lo hizo, y eso abre la puerta a la imaginación, como todo en su libro. En el mundo real, muy pocas son las ciudades que tienen nombre de persona, salvo que sea para honrar a un prócer que allí vivió. Podía haberlas nombrado según su carácter, su forma, su topografía, sus hitos o su singularidad. Pero Calvino eligió dotarlas de personalidad, de carácter, de misterio, de capacidad de acogida, de vida propia. La palabra *ciudad* es femenina en italiano, español, portugués, francés, alemán... Quizás por ello eligiera nombres de mujer. Como una madre que da vida y acoge a sus hijos en su seno. Y, aunque algunas de esas *ciudades-mujer* tienen nombres a los que podríamos buscar parentesco, lo cierto es que la mayoría de ellas reciben nombres oníricos de imposible filiación que invitan al sueño de lo inesperado, preparando al viajero a la sorpresa por falta de referencias previas. Una manera inteligente y seductora de estimular la imaginación al eliminar los asideros de la memoria y crear unos nuevos a los que poder amarrar las nuevas sensaciones y emociones encontradas. Un lugar escondido en nuestro imaginario que nace con página en blanco, y no se llenará de otra cosa que lo que la ficción y nuestra creatividad sean capaces de poner en él a partir de la lectura. Una madre rara vez abandona a sus hijos, como una ciudad siempre acoge a sus habitantes, ya sean fruto de su vientre urbano o se hallen allí de paso.

LO INVISIBLE Y SU FUNCIÓN SIN FORMA

«La forma sigue a la función, y esta es la ley. Dónde la función no cambia, la forma no cambia». Esto decía Louis Sullivan sobre la relación entre forma y función, supeditando siempre la primera a la segunda por ley natural. Y, para los arquitectos, este es uno de los grandes mandamientos, que luego, como en toda ley religiosa, uno puede decidir mantenerse del lado de la virtud o pasarse al lado oscuro del pecado formalista. Así sigue la cita: «Es la ley que prevalece a todas las cosas orgánicas e inorgánicas, de todas las cosas físicas y metafísicas, de todas las cosas humanas y todas las cosas sobrehumanas, de todas las verdaderas manifestaciones de la cabeza, del corazón, del alma, que la vida es reconocible en su expresión, que forma siempre sigue a la función. Esta es la ley».⁵

Probablemente Calvino conociera este texto de 1856, y así fue acumulando sus ideas sobre ciudades para este libro en distintas carpetas. Existía una carpeta en que las ordenaba solo por forma, pero finalmente, haciendo caso a Sullivan, decidió hacer desaparecer esta carpeta y quedarse solo con las funciones, porque lo que dispara el interés de estas ciudades no es su forma. Aunque en todas ellas hay algún rasgo físico que las hace diferentes, lo que de verdad las convierte en referentes es la relación que se establece entre sus habitantes, sus visitantes y el espacio que los acoge. Ciudades que posibilitan una forma de habitar que no puede darse en ningún otro lugar; que permiten el intercambio de mercancías, la cohabitación de vivos y muertos; que acogen los papeles atribuidos a sus habitantes con Melania (el soldado fanfarrón, el parásito, el joven prodigio, la meretriz, el padre avaro, la hija enamorada, el tirano, el benefactor, los tres mil hipócritas, los treinta mil gorriones); que son capaces de acoger seres irreales, como las ninfas y náyades de Armilla o los penates y lares de Leandra. Ciudades que cumplen una función única y que, por ello, acogen a quienes se sienten cómodos con esto.

Kevin Lynch (1918-1984), el famoso teórico urbanista americano del siglo XX, se había formado en Taliesin con Frank Lloyd Wright porque

⁵ SULLIVAN, 1896.

encontraba muy rancia la estructura educativa de Yale, donde había empezado sus estudios. Tras haber servido en la II Guerra Mundial, empezó a trabajar en el MIT. Era un joven muy capaz pero algo disperso, hasta que tuvo la oportunidad de viajar a Europa y allí algo le cambió la vida. En Florencia, conoció al joven Italo Calvino (1923-1985), tan solo cinco años más joven que él, que también había servido en el frente y que por aquel entonces estaba afiliado al Partido Comunista y trabajaba en la editorial Einaudi. Su encuentro fue casual en una tertulia organizada por las Brigadas Partisanas Garibaldi. Los dos jóvenes, ya por entonces muy prometedores cada uno en su ámbito, mantuvieron una muy acalorada discusión sobre el papel que la ciudad debería jugar en la reconstrucción europea tras la devastación de la guerra. Lynch mantenía una postura académica de orden y análisis sistemático. Calvino, en cambio, abogaba por la reconstrucción a partir de los sueños, miedos y anhelos del pueblo. Cuentan que casi llegaron a las manos. Algún tiempo después, Lynch publicó *La imagen de la ciudad* (1960), un ordenado estudio de cómo se percibe y proyecta la ciudad real, al que años más tarde Calvino respondió con *Las ciudades invisibles* (1972), un manual para soñar despierto los posibles modos de habitar lugares imposibles. Ambos libros se convirtieron, cada uno a su modo, en una forma distinta y complementaria de entender análisis y ensoñación, forma y función, realidad y ficción en la ciudad.⁶

LO INVISIBLE PERO EVIDENTE

En *Las ciudades invisibles* no se encuentran ciudades reconocibles. Son todas inventadas; [...] el libro consta de capítulos breves, cada uno de los cuales debería servir de punto de partida de una reflexión válida para cualquier ciudad o para la ciudad en general.⁷

De todas las reflexiones a las que *Las ciudades invisibles* pueden invitar, hay una que parece no solo inmediata, sino urgente: ¿qué tiene que

⁶ Este encuentro entre Lynch y Calvino es fruto de la libre narrativa del autor del artículo. «Ma se non è vero, è ben trovato».

⁷ CALVINO, 1994, «Prólogo», p. 15.

tener una ciudad para que merezca la pena visitarla y narrarla como hizo Marco Polo?, ¿por qué se viaja sistemáticamente a algunas de ellas mientras que la inmensa mayoría restante permanece ajena al interés general? De la lectura del libro no queda clara cuál es la queja ni la propuesta de mejora necesaria de Calvino.

En 2008, el filósofo y escritor suizo Alain de Botton fundó en Londres la Escuela de la Vida, una organización que se dedica a «desarrollar la inteligencia emocional a través de la ayuda de la cultura» y que ha abierto sedes en muchas ciudades del mundo. Una escuela que ofrece un temario con asignaturas que no se dan en la escuela, como Afrontar la Muerte (a lo que Calvino se asoma en las ciudades y los muertos), Tener Conversaciones Interesantes (que Calvino ejemplariza en el diálogo del gran emperador y Marco Polo) o Cómo Hacer que el Amor Dure (que Calvino, ya hemos visto, lo bordea invisiblemente como una canción desesperada de desamor con la ciudad). Esa misma escuela comparte con el escritor la idea de que «el arte de hacer ciudades atractivas se ha perdido» y de un modo menos poético pero más pragmático propone seis principios para ayudar a las ciudades a convertirse en lugares más atractivos, tanto para sus habitantes como para sus visitantes. Estos son:

- a) Orden y variedad. Necesitamos el orden para reconocer las cosas y orientarnos, del mismo modo que buscamos ser sorprendidos por la diferencia. Complejidad ordenada es la meta.
- b) Vida visible. Todos disfrutamos de una ciudad con vida en sus calles; los sitios vacíos generan sensación de falta de interés e incapacidad de establecer contacto humano y diversión.
- c) Densidad. Las ciudades dispersas en el territorio imposibilitan la vida en común. Las ciudades compactas con espacios públicos de escala adecuada son un el espacio ideal para la convivencia.
- d) Orientación y misterio. Las ciudades que proporcionan la posibilidad de *perdersé* y ser sorprendidos por sus callejuelas o misterios, pero sin llegar a producir la incomodidad de la desorientación total, son un recreo para la mente y el espíritu; ayudan a romper las barreras de la intimidad absoluta, hacién-

donos más sociables y devolviendo la ciudad a la escala del peatón, y no tanto del vehículo.

- e) Escala. Hemos dejado que los edificios y las ciudades crezcan sin que el tamaño se corresponda con elementos que son significativos para todo el mundo. Las ciudades en donde todo es grande pierden la escala humana sin aportar criterio de relevancia social para esos elementos enormes; nos hacen sentir pequeños e insignificantes.
- f) Sabor local. Todos buscamos encontrar en cada ciudad aquello que la hace única. El encontrarnos con edificios y espacios anodinos que podrían estar en cualquier otro lugar la hace perder interés. Buscamos y valoramos la diferencia y el material propio de cada lugar.

Curiosamente, cada uno de estos puntos son sin saberlo el punto fuerte de cada narración que Marco Polo hace al gran kan. Y es que a veces lo complicado es ordenar las intuiciones y los sentidos.

LO INVISIBLE Y EL ORDEN

Cuando escribo procedo por series: tengo muchas carpetas donde meto las páginas escritas, según las ideas que se me pasan por la cabeza, o apuntes de cosas que quisiera escribir. Tengo una carpeta para los objetos, una carpeta para los animales, una para las personas, una carpeta para los personajes históricos y otra para los héroes de la mitología; tengo una carpeta sobre las cuatro estaciones y una sobre los cinco sentidos; en una recojo páginas sobre las ciudades y los paisajes de mi vida y en otra, ciudades imaginarias, fuera del espacio y del tiempo. Cuando una carpeta empieza a llenarse de folios, me pongo a pensar qué libro puedo sacar de ellos.⁸

Once temas seleccionados con exactamente cinco ciudades cada uno. Así ordena y presenta su trabajo Italo Calvino. Y luego se presenta de

⁸ CALVINO, 1994, p. 15.

tal modo que pudiera parecer fruto del azar... Quién diría que para producir sueños o poemas fuera bueno un orden tan estructurado por detrás. No solo orden físico que ayuda al orden mental, anímico y espiritual, sino también el orden que el reposo del tiempo ayuda a producir separando lo importante de lo accesorio, lo eterno de lo caduco. Es el orden de la retícula tramada detrás de cada planta de la arquitectura de Frank Lloyd Wright, Mies van der Rohe o Alberto Campo Baeza, el orden de las ciudades bien planeadas en su crecimiento, el orden de la estructura matemática compositiva de la música clásica, el orden en la naturaleza, regido por las leyes de la física. Esa teoría del todo que Stephen Hawking buscaba denodadamente y que está basada en el principio de causalidad, enunciado por Laplace y fundamental en todas las ciencias naturales.

Ese orden que, sin ser necesariamente reconocible a primera vista, existe y está oculto, permitiendo que las cosas sean percibidas como parte de un todo armónico. Una suerte de andamiaje de criterio que, cuando no existe, se echa en falta y, cuando está, hace que todo cobre sentido y sea predecible y comprensible. El orden es filosóficamente antitético con el azar y el caos y es manifestación visible de una inteligencia capaz de establecer criterios. El ser humano necesita orden para vivir y busca orden para comprender y sentirse cómodo.

Con frecuencia, al encontrar el orden interno de las cosas, atribuimos el logro del hallazgo a la inteligencia de quien supo desvelar el código que ya existía previamente, antes que asignarle el crédito a quien supo ordenar las cosas en primer lugar. Si Calvino no hubiera dicho abiertamente la forma en la que había estructurado su libro, sesudos investigadores habrían analizado hasta sus últimas palabras para conocer el orden que lo arma. El simple hecho de que alguien busque el orden no implica que este vaya a existir, sino que estamos llamados a reconocerlo y gustarlo para poder vivir con él.

Es, sin embargo, sorprendente comprobar que aquellas mentes más científicas y ordenadas que dedican su vida a encontrar la estructura interna de las cosas y explicarla con éxito, esas mentes que entienden que la escritura es un invento humano para poder recoger y ordenar el conocimiento y la comunicación, esas mentes que reconocen en el ge-

noma humano un mensaje de variaciones casi infinitas y que dan como resultado la vida con todos sus elementos comunes y singularidades sean las mismas mentes que creen que todo ese orden proviene del azar, y no de una inteligencia superior que las ordenó. Mentes que creen que el azar es capaz de generar un orden aleatorio pero estable y que no pestañean al plantearlo. Calvino, que es de los que creen en ese azar del origen de las cosas, en el origen de sus libros necesita del orden máximo y estructurado de su inteligencia para poder crear.

LO INVISIBLE Y LA AUTOPROYECCIÓN DE LA MIRADA

«Vemos las cosas no como son, sino como somos nosotros», argumentaba filosóficamente Immanuel Kant, probablemente uno de los más grandes filósofos de la Ilustración, que, al contrario que Marco Polo, vivió prácticamente toda su vida en la misma ciudad prusiana de Königsberg (actual Kaliningrado, Rusia), porque, también al contrario que Italo Calvino, consideraba que era la ciudad perfecta para él y no añoraba otra cosa para sí.

Kant estableció un equilibrio entre racionalismo y empirismo a través de sus dos libros *Crítica de la razón pura* y *Crítica de la razón práctica*, aceptando que es cierto que nuestro conocimiento empieza por la percepción recibida a través de nuestros sentidos, pero no todo es resultado de ellos: la razón juega también un papel muy importante, aunque tampoco esta es inviolable.

Esta intuición de Kant se verbaliza explícitamente en el diálogo que el gran kan y Marco Polo sostienen cuando el rey de los tártaros le pide al viajero que le hable de su propia ciudad, que nunca ha mencionado.

Era el alba cuando dijo:

—Sir, ahora te he hablado de todas las ciudades que conozco.

—Queda una de la que no hablas jamás.

Marco Polo inclinó la cabeza.

—Venecia —dijo el Jan.

Marco sonrió.

—¿Y de qué otra cosa crees que te hablaba? El emperador no pestañeó.

—Sin embargo, no te he oído nunca pronunciar su nombre.

Y Polo:

—Cada vez que describo una ciudad digo algo de Venecia.⁹

En cada pregunta, en cada hallazgo, en cada descripción de la realidad exterior hay algo de uno mismo. Porque vemos, creamos y contamos lo que estamos capacitados para ver crear y contar según quienes somos y de acuerdo con nuestra biografía y nuestras creencias. Por eso, *Las ciudades invisibles*, aunque que tienen mucho de su autor, resultan mágicas, porque son capaces de conectar con tantas cosas de cada uno de sus lectores. Y eso probablemente tenga que ver con la cantidad de lugares en los que vivió Calvino (Santiago de las Vegas y La Habana en Cuba; San Remo, Turín y Roma en Italia; París...) y la variedad de vivencias que atesoró durante su vida, incluida la II Guerra Mundial.

Sorprende que, habiendo vivido en lugares aparentemente tan bellos como la Ciudad Eterna o la Ciudad de la Luz, su percepción global de la ciudad sea tan pesimista, pero, si entendemos que esas ciudades no son lugares, sino estados de ánimo, todo toma otro cariz y nos hace regresar a Kant. Dice Calvino en su prólogo:

Durante un período se me ocurrían sólo ciudades tristes, y en otro sólo ciudades alegres; hubo un tiempo en que comparaba la ciudad con el cielo estrellado, en cambio en otro momento hablaba siempre de las basuras que se van extendiendo día a día fuera de las ciudades. Se había convertido en una suerte de diario que seguía mis humores y mis reflexiones; todo terminaba por transformarse en imágenes de ciudades: los libros que leía, las exposiciones de arte que visitaba, las discusiones con mis amigos.¹⁰

Por eso son tan significativos los temas elegidos por el autor para ordenar sus ciudades, porque alrededor de esas ideas orbitaba su pensamiento, la memoria, el deseo, los signos, los ojos, el nombre, los true-

⁹ CALVINO, 1994, cap.VI, p. 100.

¹⁰ CALVINO, 1994, «Prólogo», p. 12.

ques, los muertos, el cielo y las ciudades continuas, escondidas y sutiles. Solo quien sabe leer entre líneas puede imaginarse su vida. Aunque en el fondo da igual, está hablando de la nuestra.

LO INVISIBLE DEL SENTIDO ÚLTIMO A PESAR DE LOS SENTIDOS PRIMARIOS

Y sin embargo sé —decía— que mi imperio está hecho de la materia de los cristales y que sus moléculas se agregan siguiendo un dibujo perfecto. [...] ¿Por qué tus impresiones de viaje se detienen en las engañosas apariencias y no captan ese proceso incontenible? [...] Solo si conoces el residuo de infelicidad que ninguna piedra preciosa llegará a compensar, podrías calcular el número exacto de quilates a que debe tender diamante final, y noerrarás desde el principio los cálculos de tu proyecto.¹¹

Dan igual las moléculas y el material del cual esté hecha cada cosa y cada ciudad. Las descripciones materiales y formales son tan copiosas como inconexas. Aportan un caudal importante de información recogida por los sentidos. Son muchos *qué* y algunos *cómo*, pero ni rastro de los *para qué* que realmente importan y aportan sentido al conjunto.

La narración bien podría ser inventada, basada más en la leyenda o en la traducción personal que alguien hubiera hecho de los datos sensibles, filtrados por la limitación de nuestro procesador de información...; seguiría sin aportar ninguna pista sobre el sentido de todo aquello que se percibe.

No hay nada de cierto en cuanto se dice de Aglaura, y sin embargo de ello surge una imagen de la ciudad sólida y compacta, mientras que los juicios dispersos que se pueden enunciar viviendo en ella no llegan a tener igual consistencia. El resultado es este: la ciudad de que se habla tiene mucho de lo que se necesita para existir, mientras que la ciudad que existe en su lugar existe menos.¹²

¹¹ *Ibíd.*, cap. IV, p. 74.

¹² *Ibíd.*, cap. IV, p. 81.

Las ciudades importan en tanto en cuanto nos facilitan la supervivencia, el aprendizaje, el encuentro variado y fértil con otros, el crecimiento y desarrollo personal, el estímulo de la creatividad, el ser en plenitud, la conexión con lo trascendente, el encuentro con el sentido último de nuestro viaje vital. ¿Qué más da si aquello lo vi o me lo contaron y me lo creí? No importa tanto la forma de entrada de datos, sino de qué modo estos me transforman. ¿Qué importa si la cúpula es de oro o ladrillo? Importa si permite hacer algo distinto cobijado bajo su espacio cubierto que no podría ser en ningún otro lugar. ¿Para qué vale que sea distinto? Si lo que realmente aporta es que sea conmovedor, que nos abra alguna puerta por la que nunca antes habíamos pasado o una ventana a la que nunca nos habíamos asomado.

Porque, como dice Ralph Rugoff, el comisario de la 58.^a Bienal de Venecia, «el arte es un radar para ver cosas invisibles»,¹³ probablemente inspirado por las palabras del artista total Paul Klee, que mantenía que «el arte no reproduce lo visible. Hace visible».¹⁴ Así ocurre con esta pieza literaria, que, hablando de lo invisible, permite ver cosas que habitualmente nos pasan desapercibidas. Escribiendo aparentes banalidades nos invita al sueño lúcido que se ve a través de las ventanas que abre; nos invita a ser gran emperador, viajero incansable, habitante de ciudades imaginarias, espectador y actor principal al mismo tiempo.

El arte tiene esa capacidad y responsabilidad: la de revelar ante nuestros ojos lo que parece invisible, y la ciencia nada tiene que aportar sobre ello. Tiene la misión de formularnos preguntas de respuesta unipersonal. Tiene la obligación de sacarnos de nuestra zona de confort, de nuestra ciudad conocida, para trasladarnos a lugares insospechados que cuestionen todas nuestras certezas para repasarlas con cuidado y dejar de ser «seres de segunda mano»,¹⁵ contruidos acriticamente a base de recortes del pasado, para pasar a ser personas dueñas de su vida y conscientes del sentido y valor de esta.

¹³ RUGOFF, 2019.

¹⁴ FRESNEDA, 2013.

¹⁵ GONZÁLEZ, 1991.

LO INVISIBLE E IMPREDECIBLE DEL VIAJE VITAL

¿Viajas para revivir tu pasado? —era en ese momento la pregunta del Jan, que podría también formularse así: ¿Viajas para encontrar tu futuro? Y la respuesta de Marco: —El otro lado del espejo es negativo. El viajero reconoce lo poco que es suyo al descubrir lo mucho que no ha tenido y no tendrá.¹⁶

El viaje es la gran metáfora de la vida y símbolo de los descubrimientos que durante este tiempo hacemos. Forma parte de nuestra naturaleza. En la edad adulta (Calvino escribe este libro con casi cincuenta años), cuando uno toma mayor conciencia del viaje vital en el que todos estamos inmersos, es cuando las preguntas que este nos presenta se vuelven más retadoras y profundas, y su formulación es imprescindible, aunque no siempre tienen respuesta clara. Llega el tiempo de hacer balance. La edad adulta es aquella en la que los sueños van siendo sustituidos por recuerdos y las experiencias atropelladas por el asentamiento lento de aprendizajes.

La ciudad soñada lo contenía joven; a Isadora llega a avanzada edad. En la plaza está la pequeña pared de los viejos que miran pasar la juventud; el hombre está sentado en fila con ellos. Los deseos son ya recuerdos.¹⁷

El diálogo entre Kublai Kan y Marco Polo así lo presentan. El rey, entrando en edad madura, empieza a renunciar a poder visitar en persona todos los rincones de su imperio, pero no se resiste a conocerlos a través de los ojos del veneciano, como quien se conforma con la enseñanza destilada del viaje, aunque sea a través de los ojos sabios de alguien de confianza.

No es que Kublai Jan crea en todo lo que dice Marco Polo cuando le describe las ciudades que ha visitado en sus embajadas, pero es cierto

¹⁶ CALVINO, 1994, cap. II, p. 42.

¹⁷ CALVINO, 1994, cap. I, p. 23.

que el emperador de los tártaros sigue escuchando al joven veneciano con más curiosidad y atención que a ningún otro de sus mensajeros o exploradores.¹⁸

Acepta su limitación y apuesta por añadir tiempo a su vida, eliminando las fatigas del desplazamiento e incorporando a su imaginario la imagen destilada que su explorador de confianza puede ofrecerle.

En la vida de los emperadores hay un momento que sucede al orgullo por la amplitud desmesurada de los territorios que hemos conquistado, a la melancolía y al alivio de saber que pronto renunciaremos a conocerlos y a comprenderlos; una sensación como de vacío que nos acomete una noche... [...] es el momento desesperado en que se descubre que ese imperio que nos había parecido la suma de todas las maravillas es una destrucción sin fin ni forma...¹⁹

Se ha llegado a la edad madura y se empieza a tener la sensación de que, con toda certeza quedan menos caramelos en la bolsa de los años que los que ya se ha comido uno. Es tiempo de hacer balance, sabiendo que puede bajarse la intensidad de los motores, echar la vista atrás y ver el camino recorrido, sopesar orgullos y maravillas de lo conseguido frente a vacíos y desesperanzas de lo pendiente e inalcanzable. Es una invitación a un tiempo de contemplación que se nos regala a algunos afortunados. Según sea nuestro viaje, así conectaremos con esas ciudades invisibles o con otras que quedaron por visitar y contar. Solo falta por abordar la conexión con la trascendencia. Aquello que queda más allá de los límites naturales de lo físico. El último viaje al más allá.

Es hora de que mi imperio, ya demasiado crecido hacia fuera —pensaba el Jan— empiece a crecer hacia dentro.²⁰

¹⁸ *Ibíd.*, p. 21.

¹⁹ *Ídem.*

²⁰ CALVINO, 1994, cap. V, p. 87.

LO INVISIBLE DEL MÁS ALLÁ Y MÁS ACÁ

Con una línea se puede dividir el mundo en dos, con una línea se pueden conectar dos realidades separadas: tal es el poder de una sola línea. Esto proponía Eduardo Chillida como reflexión a algunos de sus dibujos. Esa línea es la que tiene la capacidad de trazar con nitidez la frontera entre dos mundos claramente separados. Aunque en general en la vida hay más fronteras que tienen que ver con las gamas de grises que con el contraste blanco/negro o con la línea nítida del lápiz.

En la ciudad real, la línea que dibuja la tapia del cementerio separa con precisión de cirujano la ciudad de los vivos de la ciudad de los muertos, el lugar donde habitamos ahora y el espacio donde reposarán nuestros restos inertes tarde o temprano. Esa línea divide sin mucho misterio una evidencia banal que esconde una pregunta mucho más potente. ¿Existen las almas de los que vendrán y los que ya fueron? Solo quien se hace esa pregunta fantasea sobre el lugar que las acogería.

Aparecen como reflexiones hacia el final del libro: Melania, Adelma, Eusapia, Argia —ciudades de muertos— y Laudomia —la ciudad de los nonatos— son ciudades donde la vida de los invisibles que fueron o serán se mezcla y relaciona con los tangibles que todavía hoy estamos en este mundo. La muerte como maestra de vida. Pensar en ella puede resultar incómodo, pero es una pregunta irrenunciable para todo ser humano tarde o temprano, tenga las creencias que tenga. Que un ateo convencido como Calvino necesite transitar en voz alta esa senda es una demostración de ello. Lo que se interroga va incluso más allá. No solo se cuestiona la vida después de la muerte, sino también la existencia de la vida misma antes de la vida física.

Ante esas preguntas que el ser humano se ha hecho desde el origen de los tiempos en todo lugar conocido, donde la ciencia nuevamente nada puede decir, cada cual busca las respuestas del modo más fiable y creíble que tiene a su alcance. Lo fascinante es que todos pasamos por la misma pregunta. Las ciudades invisibles para espíritus igualmente

invisibles manifiestan, una vez más, ese binomio sin resolver de importante y eterna *pregunta* e incierta y cambiante *respuesta* conforme al norte que la inspira. Esas cinco ciudades son el resultado de la imaginación literaria de Calvino emergiendo de su vivencia y formación comunista y atea.

Chillida defendía que él creaba su arte preguntando a los materiales y dejando que estos respondieran. No sería extraño que Calvino planteara sus ciudades del mismo modo: preguntando a sus escritos y esperando respuestas de ellos. Lo que la imaginación del ateo responde a esa pregunta solo tiene tres opciones: o traslada el silencio de la nada en la que cree (en cuyo caso omitir la pregunta habría sido más coherente), o produce espacios esperpénticos en una especie de burla hacia lo que rechaza por incompreensión, o se deja salpicar involuntariamente de la esperanza por una vida ulterior que promete felicidad plena a quienes lo ameriten. Pero no solo necesita hablar del espíritu de muertos y natos, sino también del cielo; y, sin atreverse a hablar de un Dios creador, también lo hace de dioses y astrónomos, haciendo notar que sobre esto se puede estar equivocado.

Los astrónomos de Perinzia se encuentran frente a una difícil opción: o admitir que todos sus cálculos están equivocados y sus cifras no consiguen describir el cielo, o revelar que el orden de los dioses es exactamente el que se refleja en la ciudad de los monstruos.²¹

LA INVISIBLE TENTACIÓN DE JUGAR A SER DIOS

Y finalmente existe la invisible tentación de pensar que, si el mundo hubiera sido creado a mi imagen y semejanza, este habría sido mejor sin dudas.

El gran Jan posee un atlas cuyos dibujos figuran el orbe terráqueo entero y continente por continente, los confines de los reinos más lejanos, las rutas de los navíos, los contornos de las costas, los planos de las metrópolis más

²¹ CALVINO, 1994, cap. IX, p. 153.

ilustres y de los puertos más opulentos. Hojea los mapas ante los ojos de Marco Polo para poner a prueba su saber.²²

Bastaría con tener el mapa de lo existente y las claves de cómo seguir creando y nos habríamos convertido en un pequeño Dios capaz de tener todas las respuestas en la mano y generar alternativas mejores.

Si cada ciudad es como una partida de ajedrez, el día que llegue a conocer sus reglas poseeré finalmente mi imperio, aunque jamás consiga conocer todas las ciudades que contiene.²³

Kublai reflexionaba sobre el orden invisible que rige las ciudades, las reglas a las que responde su surgir y cobrar forma y prosperar y adaptarse a las estaciones y marchitarse y caer en ruinas. A veces le parecía que estaba a punto de descubrir un sistema coherente y armonioso por debajo de las infinitas deformidades y desarmonías, pero ningún modelo resistía la comparación con el juego de ajedrez.²⁴

Conocidas las leyes de formación de las cosas, ese orden inteligente que intuimos como andamiaje invisible pero existente a toda realidad, podríamos jugar la partida de un modo autónomo. Esa es la tentación evidente y última. Sin caer en la cuenta de que el juego de la creación siempre nos superaría de forma infinita.

El encuentro entre Neo y El Arquitecto creador del mundo *Matrix* resume magistralmente este juego tentador y desbordante entre el creador y sus creaturas:

El Arquitecto: —Hola, Neo.

Neo: —¿Quién es usted?

El Arquitecto: —Soy el arquitecto. Yo creé Matrix. Te estaba esperando.

Tú tienes muchas preguntas y, aunque el proceso ha alterado tu concien-

²² *Ibíd.*, p. 146.

²³ CALVINO, 1994, cap. IX, p. 65.

²⁴ *Ídem.*

cia, sigues siendo indefectiblemente humano. Ergo algunas de mis respuestas las entenderás, y otras no. Del mismo modo, aunque tu primera pregunta probablemente sea la más pertinente, puede que entiendas, o no, que es la más irrelevante.

Neo: —¿Por qué estoy aquí?²⁵

Las ciudades invisibles, igual que *Matrix*, igual que el viaje de nuestra propia vida, nos presentan a cada uno de un modo único e irrepetible delante de las preguntas importantes de nuestra existencia. Puede que sepamos formularlas correctamente o no, puede que no estemos capacitados para entender la respuesta cierta aunque la tuviéramos delante de nuestros ojos, o incluso que quisiéramos jugar a manejar la creación. Lo cierto e irrefutable es que ni todo lo real es visible a los ojos o a los sentidos, ni toda la verdad es accesible a nuestra inteligencia. El mundo que habitamos es perfecto tal y como lo recibimos, pero soñar, crear y el arte en general nos abre nuevas ventanas a él y a nuestra razón de ser.

²⁵ WACHOWSKI, L. y WACHOWSKI, L. (1999).

BIBLIOGRAFÍA

- CALVINO, I. (1994). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela.
- PRADO, B. (2002). *Con buena letra*. Madrid: Temas de Hoy, p. 15.
- LEWIS, C. S. (2008). *Los cuatro Amores*. Madrid: Rialp, p. 13.
- SULLIVAN, L. (1896). Form follows function. *Lippincott's Magazine*.
- RUGOFF, R. (2019). El arte es un radar para ver cosas invisibles. Comisario de la 58.^a bienal de Venecia. *El País*, 7-05-2019. Disponible en: https://elpais.com/cultura/2019/05/03/babelia/1556882213_375779.html?fbclid=IwAR3Ju--LvH4OWdyTv2rWbI8jiuRb1OG9yTio57cyLuw8TZQQsN6Ztftl2pc
- FRESNEDA, C. (2013). Paul Klee. El maestro visible. *El Mundo*, 26-10-2013.
- GONZÁLEZ-VALLÉS, C. (1991). *Al andar se hace camino*. Madrid: Sal Terrae.
- WACHOWSKI, L. y WACHOWSKI, L. (1999). *The Matrix*. Warner Bros. Encuentro entre Neo y El arquitecto. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=b-K4wvp3jIc>